

EL SYLLABUS Y SUS INTÉRPRETES.

I.

A. M. Juan Estéban de Camille.
Director del *Journal de Florence*.

Permitidme, señor director, os diga, pues estoy seguro participareis de mi opinion, que la prensa católica debe inspirarse en las enseñanzas del *Syllabus*. Para confirmar esta tesis, tengo el honor de dirijiros esta carta, que, espero, será de algun provecho á vuestros lectores.

No habreis olvidado la profunda impresion que causó en todas partes la publicacion de la Enciclica: *Quanta cura*, y del *Syllabus*.

Para formarse una idea de ella, no hay mas que leer las pastorales de los Obispos franceses, y las cartas que dirijieron, en esa época, al ministro de cultos, para protestar, contra la prohibicion de promulgar oficialmente el *Syllabus*.

Sumamente consoladora es la lectura de esas cartas; sin duda, las protestas son más ó ménos acentuadas, segun el temperamento de los prelados; pero todos convienen en atribuir á Pio IX, el derecho de trazar al ejército católico, el programa de lo que debe rechazar como contaminado de error.

Esse sentimiento de sumision, que nosotros teniamos derecho á esperar, encontró alguna oposicion en el mundo laico. Mientras que la inmensa mayoría de los católicos, acopia con explosion de júbilo ese programa, que trazaba sus deberes á la sociedad contemporánea, la falanje de los libros pensadores se sintió como herida del rayo, y un corto número de espiritus ortodoxos, quedó desconcertado. Aquí, se desnaturali-

zó el *Syllabus*, allí, se le atenuó. La secta anticristiana, se hallaba bloqueada en sus últimas trincheras; sus más apasionados adeptos no podian abrirse paso; los católicos, que ensayaban combinaciones, más ó ménos ingeniosas, para reconciliar la Iglesia con la sociedad moderna, confesaban, con dolor, que su edificio, tan laboriosamente construido, se hundia; pues que, el último error, condenado por el *Syllabus*, es afirmar, que «el Pontífice Romano, puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilizacion moderna.»

Esta oposicion no impide, que el *Syllabus* siga gloriosamente su camino, á través de las aclamaciones de unos, y de las maldiciones de otros, y las restricciones y los desdenes de algunos. En verdad, que era oportuno.

Cierto día, diferentes diputados franceses, creyeron que debian enviar á Pio IX una carta, participándole su adhesion al inmortal documento; y el año último pasado, varios publicistas católicos, congregados en Tours, se apresuraron á seguir esta iniciativa.

Puesto que, lo más selecto de los legisladores y de los periodistas, ha hecho justicia á ese documento de Pio IX, nosotros creemos oportuno estudiar el valor doctrinal del *Syllabus*, é indicar los deberes de la prensa, con relacion á esa carta dogmática del periodismo católico. Nuestro objeto único, al obrar así, es, servir, en nuestra modesta esfera, á la Iglesia Católica y Romana, por lo que retractamos de antemano, cuanto en esa carta, de cerca, ó de lejos, directa ó indirectamente, no esté estrictamente conforme con su doctrina.

Obediencia filial y cariñosa. Hé ahí nuestra divisa.

Para comprender bien lo que el *Syllabus* nos enseña, es preciso estudiar su contexto.

El *Syllabus* es una serie de ochenta proposiciones, que comprenden los principales errores de nuestros tiempos, señalados en las Alocuciones consistoriales, Enciclicas y otras Cartas apostólicas.

Esta nomenclatura, acompañada de la Enciclica *Quanta Cura*, fué comunicada, por orden del Papa, á todos los Obispos de la Catholicidad. De ahí dimana, caballero, la primera cuestion.

¿Cuál es, estrictamente, el valor doctrinal del *Syllabus*?

Doy tanta mas importancia á la contestacion de esta pregunta, cuanto, verdaderos eruditos, se han atrevido á iniciar una campaña para demostrar, que la serie de breves pontificios, que condenan el liberalismo católico, no eran más que *acusas de recibo*.

La lectura de las páginas 367, 368, 369, 370, 371, 372, del primer volumen de las obras de Mons. el Obispo de Poitiers, les hubiera dispensado de cometer esa indiscrecion.

Para conocer, pues, el valor doctrinal del *Syllabus*, dejaremos hablar, en primer lugar, al Rev. Padre Ramière, y despues, á Mons. Pie:

El Concilio, dice el docto Jesuita, define, que el Soberano Pontífice es infalible, cuantas veces, en calidad de Pastor y Doctor de todos los cristianos, y, apoyándose en la soberana autoridad apostólica de que se halla revestido, define la doctrina relativa á la fé y á las costumbres, que la Iglesia universal debe profesar. Ahora bien; está fuera de duda, que la doctrina que el *Syllabus* expresa en forma negativa, se refiere á la fé y á las costumbres; y es igualmente cierto, que la expresion de esta doctrina fué dirigida á la Iglesia universal, para servirle de regla. Así, pues, solo quedaria una cuestion que resolver, para averiguar si esta doctrina ha sido infaliblemente definida.

Esta cuestion héla aquí: El Soberano Pontífice, ordenando reunir las enseñanzas dogmáticas y morales, distribuidas en los diversos actos de su pontificado, y dirijiendo esa coleccion al Episcopado católico, ¿ha querido, en uso de la plenitud de su potestad

doctrinal, darlas como reglas de fé, ó bien su intencion fué simplemente recordarlás, sin añadir nada á la autoridad, que tenían en el documento de que han sido extractadas? Nosotros nada encontramos en la promulgacion del *Syllabus*, que nos ayude á resolver esta cuestion; pero si nos referimos al lenguaje de que se sirve el episcopado católico, para expresar la sumision al *Syllabus*, dificilmente podrá dudarse que ese documento no sea una regla de fé infalible. Por lo demás, aun cuando no se impusiera á nuestra fé, en virtud de su infalibilidad pontificia, se impondría á nuestra obediencia, en virtud de la soberana autoridad, que pertenece al Papa, en todo lo que se refiere al gobierno de la Iglesia, como lo ha definido el Concilio Vaticano, en el capitulo 111 de la segunda Constitucion dogmática. (*Estudios religiosos*, Enero 1875, página 23.)

Lo cual significa, que si el *Syllabus* no ofrece todos los caracteres materiales de una decision *ex-cathedra*, debe, sin embargo, ser obedecido por los fieles, al ménos, en su sentido más riguroso, en virtud de la soberania del Papa, en cuanto se refiere al gobierno de la Iglesia.

Hé aquí, ahora, en qué términos Mons. el Obispo de Poitiers ha promulgado la Enciclica *Quanta cura* y el *Syllabus*.

Por eso mandamos y declaramos á nuestros amadimosos hermanos en el sacerdocio, reunidos con Nos para celebrar el undécimo sínodo, y á todo el clero de la diócesis, que la Enciclica de nuestro Santísimo Padre el Papa, dada en Roma el 8 de Diciembre del año mil ochocientos sesenta y cuatro, que empieza por las palabras: *Quanta cura*, y seguida del *Syllabus*, que contiene los principales errores de nuestros días, condenados ya por la Santa Sede, debe considerarse como promulgada. Y que todos, sin excepcion, deben tener por verdaderamente condenados y reprobados los errores, que el Soberano Pontífice condena y reprueba. (Obras de Mons. Pie, tomo V, pág. 441.)

En resumen, si Pio IX, y Mons. Pie, reconocen, que el *Syllabus* es un indice de los errores, que ellos condenan, es claro, que el *Syllabus* tiene un valor doctrinal. Aviso, pues, á los publicistas.

Ciertos católicos, que pertenecen á la es-

cuela liberal, han comprendido perfectamente, que no pueden rechazar, sin escándalo, todas las enseñanzas, que en forma negativa, contiene el *Syllabus*; pero han ensayado atenuar el golpe, dando a entender, con su interpretación de cada artículo, que esas condenaciones de la Iglesia eran la glorificación de las ideas modernas.

Pues bien nosotros no debemos ni siquiera ocuparnos de esta ilusión, porque es más peligrosa para los periodistas, desprovistos de ciencia teológica, que para los canonistas, que, si lo son de buena fé, pueden utilizar los conocimientos adquiridos en el Seminario.

Esto provoca la segunda y última cuestión de esta carta.

¿Cómo ha de interpretarse el *Syllabus*?

La respuesta es muy sencilla.

Siendo el *Syllabus* una serie de errores denunciados por la Iglesia; para esclarecer la verdad, es preciso colocar la proposición contradictoria al lado de la errónea. Ni esto hasta: una vez admitida la contradictoria, no se debe, ni *desnaturalizar* la proposición afirmativa, como lo hacen los libre pensadores, ni *atenuarla*, à imitación de los católicos liberales. En ambos casos, hay rebelión contra la Iglesia. Es necesario, sobre todo, desprenderse de ese naturalismo—uno de los mas bellos floures que adornan la corona anticristiana—que consiste, en callar todo lo que desacredita las ideas modernas, y en echar un puente de auxilio al espíritu del siglo. Esta estratagemas tiene à establecer la conciliación à expensas de la Iglesia de Jesucristo.

En resumen: Pío IX, en el *Syllabus*, ha condenado, y con razón, al liberalismo contemporáneo. Esta es la conclusión que los periodistas católicos no han de perder nunca de vista. A los que abriguen alguna duda, les recomendamos esta página de Mons. de Poitiers, que, al resumir esta cuestión, toca otras cuestiones incidentales, que conviene dilucidar.

....Entre los católicos, algunos no han comprendido las explicaciones y rectificaciones, con que los Obispos refutaban las falsas interpretaciones del documento pontificio. Para obviar las consecuencias, que ellos temían, muchos se han esforzado à persuadirse, que despues de la Enciclica, no

sabemos más de lo que sabíamos, y que todas las opiniones pueden, como ántes, sostenerse libremente...

Hé aqui una conclusion no menos triste que temible, pues tiende à perpetuar el mal, cuyo remedio nos ofrece la Enciclica....

El documento del ocho de Diciembre va dirigido, no cabe duda, à los adversarios de afuera: pero lo va tambien, y aún más, si es posible, à los de casa; y con sus afirmaciones, más bien que con sus condenaciones, tiende à poner fin à las divisiones domésticas, à arreglar las creencias y las palabras de los católicos, que se desviaban de la doctrina y del espíritu de la Iglesia.

El naturalismo político, erijido en dogma de los tiempos modernos, por una escuela sinceramente creyente, pero que, en eso, está de acuerdo con la sociedad desecristianizada, en el seno de la cual, ella vive: *ved ahí, el error capital, que la Santa Sede ha querido señalar.*

Los periodistas católicos, que traten de acatar las prescripciones del *Syllabus*, mediten profundamente esta última frase del ilustre Obispo, y pesen, sobre todo, estas palabras: «Una escuela sinceramente creyente.» Ved ahí à quien van dirigidas las observaciones de Mons. Pie.

No olviden, que la *conspiración del silencio*, es un arma de guerra, que el mundo moderno emplea, con frecuencia, contra la Iglesia; y ese mundo, es el mundo de Satanás; no olviden, que se conspira tambien contra ella, atenuando ó interpretando siniestramente los documentos pontificios; y que la mejor disposición para servir bien à la Iglesia, lo mismo en un publicista, que en el que no lo es, consiste, según la expresión de Mons. de Ségur, «en ser católico, de pies à cabeza.» católico en las ideas y en los juicios; católico en las simpatías; católico en las palabras; católico en los escritos, católico, tanto en público, como en privado.

El día en que la prensa adoptare en masa esta intrepidez, la opinión pública dará un paso, pues se aproximará à Jesucristo, que es la verdad y la vida.

Admitid respetuosa, caballero, la seguridad de mis respetuosos sentimientos.

VIZCONDE GABRIEL DE CHAUMES.

(*Journal de Florence*, 21 de Febrero 1873.)

II.

He leído—en el notable artículo del vizconde Gabriel de Chaumes, publicado por el *Journal de Florence*, núm. 41—una frase, cuya exactitud me ha admirado de tal modo, que no me canso de repetirla: «La prensa católica debe inspirarse en las enseñanzas del *Syllabus*.»

Nunca he comprendido tanto la importancia de esa frase, como despues de los esfuerzos recientemente hechos en la Asamblea nacional francesa por un diputado protestante, el honorable de Pressensé, para elevar à ley de Estado el principio de la separación del Estado y de la Iglesia. Verdad es, que esa proposición ha sido rechazada; y yo me felicito de poder anunciar, en honor de la cámara francesa, que se ha conjurado el peligro, de que este funesto principio sea adoptado por la Hija primogenita de la Iglesia.

A esta nueva, la prensa liberal italiana se ha estremecido, y ha prorumpido en agudos gritos contra la deliberación de la Asamblea de Versalles. La *Opinion*, particularmente, ha escrito, con este motivo, un largo artículo, en el cual M. Dina deplora, que no haya sido aceptada la proposición Pressensé. El órgano del ministerio italiano pretende, que el progreso, ó si se quiere el *ideal* (sic) de las sociedades civilizadas, descansa sobre el principio de la separación del Estado y de la Iglesia.

Hé ahí, la tesis favorita de todos los gobiernos dominados por el espíritu de la secta. Y, no obstante, cuantos cristianos, pervertidos en sus juicios por las declamaciones insidiosas de la mala prensa, aceptan esa teoría, como inofensiva, y hasta fundada en el derecho natural.

La prensa católica, debe trabajar en destruir en el espíritu público ese error, tan funesto en sus consecuencias; y el *Syllabus* nos ofrece medios poderosos para alcanzar ese objeto. La proposición menciona y cinco de ese importante documento pontificio, que es la regla segura de nuestra fé, en medio de las aberraciones sectarias, que han invadido el mundo moderno, condena expresamente el principio de la separación del Estado y de la Iglesia.

¿No debe esto bastar à todo cristiano, verdaderamente digno de este nombre, para

derribar toda la andamiada de mentiras, levantada por los escritores sectarios? Robado ese principio por la Iglesia, es claro, que su aplicación, lejos de ser un bien y un progreso, no se puede llevar à efecto sino en perjuicio de la sociedad católica, y en detrimento del orden social.

La Iglesia, en efecto, ama el progreso y el ideal del bien, en el verdadero sentido de estas expresiones: la idea de la perfección, es una idea puramente cristiana, inspirada por estas palabras divinas, que leemos en el Evangelio: *Estote perfecti*. Por consiguiente, los fieles deben estar intinamente convencidos, de que la Iglesia, cuyas decisiones están siempre en armonía con las máximas del Evangelio, lejos de condenar, alienta y favorece el verdadero progreso.

Desde el momento que el Soberano Pontífice ha condenado, el principio de la separación de la Iglesia y del Estado, la causa está juzgada, y los verdaderos católicos deben estar ciertos, de que es una grosera mentira pretender, que el progreso, el ideal de las sociedades civilizadas, descansa en semejante principio.

En ese punto, como en todos los demás, la enseñanza del *Syllabus* está conforme à la razón, y, por consiguiente, el principio contrario, que la secta procura que prevalezca en el mundo católico, es opuesto al buen sentido, es, digámoslo claro, absurdo. Pretender que el Estado debe obrar, cual si la religión no existiera, es querer que el Gobierno no cuide ni del alma, ni de los destinos eternos de sus súbditos. Si nuestros revolucionarios creen poder, de este modo, llegar à la perfección, preciso es confesar, que han perdido el sentido moral, ó que no comprenden nada de la significación de las palabras: *progreso y perfección*. El mismo socialista Proudhon, no iba tan lejos en sus aberraciones, y reconocía, que semejante separación, es contraria à la naturaleza misma de las cosas: *En los asuntos humanos, dice, lo temporal y espiritual no están ménos estrechamente unidos, que el alma y el cuerpo*.

Todos los grandes legisladores, todas las eminencias políticas del mundo pagano, tales como, Solon, Licurgo, Aristóteles, Platón, etc., están unánimemente acordes en reconocer, que la religión es la base del edificio social. ¿Cómo se pretende, pues, gobernar sin tener en cuenta la religión? ¿Cómo

se podrá, sobre todo, alcanzar el ideal del progreso y de la perfección, estableciendo como principio de gobierno, el abandono y desprecio de los intereses religiosos, los más caros y preciosos para las naciones católicas?

Y no obstante, no son pocos los cristianos que se dejan engañar por las disertaciones mentirosas de la prensa seclaria, y que aceptan, como una cosa natural é indiscutible, el falso principio establecido por ella. Y esto quo demuestra claramente, que, con la sola razon, no pueden los católicos triunfar de las armas de la secta, y que el mayor beneficio que Pio IX ha dispensado á nuestra pobre sociedad, es darle, por faro y guía el *Syllabus*?

Si todos los cristianos se conformaran á las prescripciones del *Syllabus*, la secta, lejos de causar, en el seno de nuestra sociedad católica, los estragos que tanto deploramos, veríase bien pronto obligada á refugiarse de nuevo en sus antros y nosotros veríamos reflorcer en el mundo cristiano, la paz y la concordia con todas las prosperidades, que son sus compañeras inseparables. Porque no ha dejado de ser verdadera esta máxima de la antigüedad:

«*Omnia prospera coeuntibus Deos, adversa spernentibus.*» Lo que traducido en lenguaje cristiano, significa: Si Dios gobierna la sociedad, esta será feliz; si la sociedad aleja á Dios de su seno, y se entrega á la secta, todas las desgracias caerán sobre ella.

X.

(*Journal de Florence*, 26 de Febrero 1875).

EL PARTIDO CATOLICO EN ITALIA.

RESPUESTA Á «LA ITALIE» DE ROMA.

La *Italie* del domingo, publica un artículo titulado: *El partido católico en Italia*, artículo, tan hábilmente escrito para seducir á los espíritus frívolos, que no podemos pasarlo en silencio. Este artículo reclama una respuesta inmediata, porque el mayor pe-

ligro de los tiempos actuales, es, el de la seducción. Hay una tendencia marcada á perseguirse, de que el bien no es absolutamente bien, que la verdad no es del todo verdad, ó que, al menos, nos permite vivir tranquilamente entre Dios y Belial, formarnos un oasis, entre esos dos puntos extremos, y dormir en el plácidamente.

Este es, en el fondo, el pensamiento que resulta del artículo del órgano oficioso de M. Visconti-Venosta, y salvo esa conclusión, absolutamente falsa, se encuentran en el algunas verdades, mezcladas, con mentiras, ciertas premisas, de las que se sacan consecuencias, que no dimanan de ellas, y deducciones justísimas de premisas, que no tienen sentido comun. Todo el artículo está compuesto con mucho arte, redactado con suma moderación, pensado con convicción falsa, combinado de manera, que seduzca y arrastre á los que se contentan con las apariencias.

La *Italie*, ve levantarse dos partidos en la Iglesia. Pues bien, esto es falso—por la poderosa razon, de que en la Iglesia no hay partidos: todo católico está con el Papa, obedece al Papa, condena lo que el Papa condena, y alaba lo que el Papa alaba.

Jesucristo, que no fundó ningún partido, sino que rescató al genero humano con el precio de su sangre, legó á su Divina Esposa, el cuidado de emancipar á las almas del yugo de Satanás, de conducirías á Dios, de difundir por todas partes las verdades eternas, necesarias, no solo á la salvacion de los individuos, sino esenciales igualmente al bien estar social; y no hay sociedad alguna que pueda considerarse bien organizada, si ignora ó rechaza esas verdades, cuyo depósito conserva la Iglesia.

Esta mision sublime,—muy superior, por cierto, á las luchas de los partidos, en que los hombres obran por interés ó por pasión—los Vicarios de Jesucristo, siempre la han llenado con fidelidad, desde San Pedro, hasta Pio IX; y la llenarán hasta el fin del mundo, con ayuda de Dios, y bajo la inspiracion directa del Espíritu Santo.

Decir, pues, que hay dos partidos en el seno de la Iglesia, es una necesidad. La *Italie*, para estar en lo cierto, debiera limitarse á afirmar, que, en la polémica, proceden los que defienden la Iglesia de dos maneras diferentes;—pero no la Iglesia misma, que define la verdad, y no sostiene polémicas.—

Y esos dos procederes, esas distintas maneras de combatir, demuestran esta verdad importantísima, á saber: que la Iglesia, es la única escuela que concede cierta libertad; y todo católico goza de una libertad amplia, y que no reconoce otra limitacion que la de no enseñar ni difundir el error.

Pero la prensa, como medio puramente humano, se resiente de todos los defectos inherentes á la naturaleza humana, hasta cuando se dedica á la defensa de una institucion divina, como lo es la Iglesia. Si el Papa bendice á los cristianos que arrostran los peligros y las amarguras de la polémica, y se lanzan á la arena para combatir á los enemigos de la verdad, no asume la responsabilidad de su manera de obrar, ni los reviste del don de la infalibilidad.

Todos estamos sujetos á engañarnos: lo que á los periodistas católicos nos fortifica, es, que no podemos caer en error, cuando se trata de principios. Nos basta dirigir una mirada al Vaticano, para saber á qué atehernos, en punto á principios; pero en cuanto á los modos, á los procederes, la Iglesia no responde de nadie, ni puede ser comprometida por ningún periodista.

Cuando el periódico francés de Roma afirma, que el «partido católico, en Italia, comienza á comprender, que la legislación italiana es la mas liberal, la mas lata de la Europa, y que los verdaderos intereses de la Iglesia no corren ningún peligro de esa parte,» se engaña lastimosamente. El católico sabe, que esa legislación está condenada por el Papa, y que el Papa es el solo juez de los verdaderos intereses de la Iglesia. Esto le basta... Y es lo suficiente tambien, para destruir toda la andamiada, que la *Italie* ha construido, sobre esa actitud, relativamente moderada, de los órganos mas autorizados de la prensa católica.»

Si algunos periódicos esperaban, que las potencias, en su propio interés y en su amor por la civilizacion, acendrian en oco del Papado, y le restablecerian sobre su trono; á ellos únicamente debe atribuirse este horóscopo, que, como dependía de una apreciacion puramente humana, nada tiene que ver con el la Iglesia; pero deducir de esto, como lo hace el periódico de la calle de San Basilio, que se forma un partido en la Iglesia, que está pronto á arreglarse con el Gobierno, «porque ha perdido toda esperanza de que los ejércitos extranjeros desien-

dan á Italia,» es abusar de la ingenuidad de las personas, que, todos los dias, se alimentan con la lectura de los órganos revolucionarios.

Los hombres, que hicieron de la restauracion del poder temporal el eje de su fé, no son ya católicos, desde hace tiempo; si la *Italie* se contenta con algunos conciliadores de esa indole, fácilmente podrá hallarlos; mas, si espera encontrarlos en el campo de los fieles, pierde inútilmente el tiempo.

Enseñemos á los ministros italianos,—pues, como tales, casi tienen derecho á ignorar todo lo que se refiere á la Iglesia—enseñemosles, que el Papa mismo, aunque omnipotente en el órden moral, no puede consentir en una conciliacion cualquiera con la monarquía de Italia. Habiéndose hecho culpable esa monarquía de la expoliacion de la Iglesia, pisan sobre ella los anatemas de los Concilios, en los que Pio IX nada tiene que ver. Él, no puede, ni quiere añadir, ni quitar nada á los Concilios. En su Bula, Pio IX, nada ha añadido á los decretos formidables de la Iglesia. Los Concilios—el de Trento, entre otros—han fulminado sus rayos contra los expoliadores y los usurpadores: el Papa no ha hecho más que recordarlos y citarlos: el mismo Espíritu Santo es quien los ha condenado; y téngase por cierto, que el Espíritu Santo sabrá aplicar la pena.

Pio IX ha hecho ya la única conciliacion posible; pues, no ha lanzado la excomunión nominalmente; y aunque á nadie, exceptúa del castigo que merece, con solo dejar de nombrarlos, hace una concesion al espíritu de la época, ó mejor, un doloroso aminorante, exijido por el desfallecimiento general de la fé. Ved ahí, cuando el corazon de ese tierno padre ha podido hacer en provecho de la cristiandad: no le pidáis otra cosa, porque nada mas os concedera.

Le ofrecéis millones, y él los rechusa: le presentais garantías, y las rechaza; le proponéis un *modus vivendi*, y os responde, que el único *modus vivendi*, que espera de los enemigos de la Iglesia, es la persecucion abierta,—que ha sido siempre el verdadero *modus triumphandi* de Cristo y de sus Vicarios. Y la prensa católica tiene á gloria seguir los pasos del Santo Padre, pues sabe perfectamente, que si le perdiera un solo instante de vista, si consiguiera en conciliaciones condenadas por el Jefe visible de la Iglesia, ce-

saría, en el mismo momento, de ser católica.

Pero si el escritor ministerial de Roma se equivoca en la investigación de las causas, es más feliz en la descripción de los efectos. Si; un notable cambio se opera en este momento en los procederes polémicos de la prensa, que se dedica á la defensa de las verdades eternas; pero no lo olvide, ese cambio, que la *Italia* llama «un alto en el estado de los ánimos de un considerable número de fieles del partido católico,» no es más que un acrecentamiento de confianza en la intervención sobrenatural en las cosas humanas, y una asombrosa efusión del Espíritu Santo en el corazón de los hombres.

Lejos de ver en ese cambio un síntoma de desfallecimiento, un primer paso hacia las concesiones indignas de todo cristiano—como el órgano oficioso lo da á entender—debe reconocerse en él, la manifestación de un soplo poderoso, que viene en auxilio de la Iglesia, la señal de un nuevo vigor concedido por el cielo á los defensores de la verdad, y un gran acto de la misericordia de Dios.

Extraviados en medio de la atmósfera tenebrosa de la secta anticristiana, todos—quien más, quien menos—combatimos mal. La pureza de nuestras intenciones nos ha salvado; pero no andamos muy acertados en la elección de las armas, y, á veces, las tomamos del arsenal de nuestros enemigos. Pues bien, las armas del odio anticristiano, no son las que han de empujar los discípulos del Evangelio, que es luz y amor.

Nosotros recordamos, que Cristo nos hizo caballeros suyos, cuando nos dijo: «yo he venido, no para traer la paz, ó las cobardes transacciones con el mal, sino para daros la espada.» Esta espada, templada en la fe, en la esperanza, en la caridad, la hemos recibido de manos del Hombre Dios: y es la sola arma que queremos manejar, es el arma, que nos asegura de nuevo la conquista del mundo.

Lejos de inspirarnos el menor pensamiento de transacciones inocentes con el espíritu del mundo, y las exigencias de la secta, nos comunica la fuerza necesaria para vencer al mundo y á la secta por la persuasión y la conversión.

El cambio que se opera en los procederes polémicos de la prensa católica,—ese cambio en que la *Italia* descubre tantas cosas—

no es más que un signo precursor del gran triunfo de la Iglesia; porque, cuando sus defensores arrojan todas las armas forjadas por el mando, para no servirse sino de las que Cristo les ha dejado, señal es, que Cristo está con ellos. *Et si Deus cum vobis, quis contra vos?*

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 2 de Marzo 1875.)

SOBRE LA ENCICLICA DEL PAPA Á LOS OBISPOS ALEMANES.

Ese ministro de Italia, M. Visconti-Venosta, que en uno de los últimos números de la *Italia*, ha procurado que este periódico le felicite, por la moderación con que obra en todo lo concerniente al Papa y al Clero; remitió, al día siguiente, á la *Opinione*, el laconico, pero significativo párrafo siguiente, que este diario supone recibido de Berlín.

Berlín 28 de Febrero.

«La reciente Enciclica del Padre Santo, dirigida á los Obispos alemanes, preocupa extraordinariamente á nuestro Gobierno. Se asegura, que se trata de adoptar medidas energicas con respecto al Clero y empleados católicos, á los cuales se les impondrá, probablemente, una fórmula de juramento más solemne y circunstanciado que hasta aquí. Es muy posible, que el gabinete de Berlín trate de entenderse—amistosamente, por supuesto, y sin ejercer la menor presión—con el Gobierno italiano, para examinar de común acuerdo, si la ley de garantías, permitida, en alguna manera, que el GOBIERNO ITALIANO HAGA SENTIR EL PESO DE SU AUTORIDAD AL VATICANO, CUYO IACTANCIOSO LENGUAJE ES CAPAZ DE TURBAR TODO EL ORDEN ACTUAL, Y DE PERJUDICAR LA PAZ DEL MUNDO.

Esa redaya, echada á la opinión pública, para pescar en agua turbia, y velada, entre otros sueltos insignificantes del periódico, es, nada menos, que todo un programa:

ma: es el grito de júbilo con el cual MM. Bismark y Visconti Venosta celebran, á la vez, la proclamación de la república en Francia, y, al mismo tiempo, es también, toda una revelación, sobre la reciente misteriosa reconciliación de Garibaldi con Victor Manuel. La secta está de enhorabuena, y considerado todo á la luz de la razón, meramente humana, tiene motivos para estar satisfecha.

Y si en Roma se ha encontrado un medio para arreglar las cosas de manera, que Garibaldi quede complacido, con la misma ó mayor facilidad se arreglará otra en París, que obtenga el consentimiento de M. Gambetta.

La raza latina—que providencialmente había sido preservada, durante muchos siglos, de los errores de la reforma,—en un exceso de ingratitud, se arroja una cama cómoda en la apostasia. ¿Cómo admirarse, pues, de que el gran Canciller, el representante más autorizado de la secta anti-cristiana, juzgue que ha llegado el momento oportuno, de descargar el golpe mortal contra el Vicario de Jesucristo?

Pero, Dios existe, y no ha abdicado: Él es la causa primera. ¡Ay de aquellos, que no comprendiendo esa gran verdad, piden explicaciones á los fenómenos de aquí abajo, en las causas segundas! El cristiano, en todos los acontecimientos de este mundo, no ve más que la manifestación de las justicias ó de las misericordias de arriba.

Las constituciones, cuya base consiste en prescindir absolutamente de Dios, tienen que dar su fruto: una sociedad, que persiste en una terquedad y ceguera invencibles, en rechazar el derecho que procede de Dios, debe necesariamente ir rodando, por su propio peso, de precipicio en precipicio, hasta reconocer el derecho de Satanás. Locura es, y gran locura, imaginarse, que podrá desentenderse en la mitad del camino: la ley lógica—que es también una emanación de Dios—lo prohíbe despiadadamente.

La constitución social del porvenir—y de un porvenir próximo—la hemos visto formulada en un periodiquillo italiano, que se imprime en Ginebra, con este título: *Il Proletario*. La Suiza ha desterrado á dos santos personajes, Mons. Mermillod, y Mons. Lachat, al mismo tiempo, que concede generosa hospitalidad á los redactores del *Proletario*. Es esta otra señal de nuestros días, y una partida de cargo, que se inscribe en el li-

bro del cielo, y cuyo pago exigirá de la sociedad, tarde ó temprano.

Léase el artículo, que, traducido fielmente del citado periódico internacional de Ginebra, insertamos á continuación, y métese luego, á sangre fría, la constitución futura, hacia la cual camina la sociedad humana, más á prisa de lo que los ideólogos se figuran. Y preciso es decirlo; los hombres, que con semejante cinismo escriben, tienen á su favor la lógica: los Garibaldi, los Gambetta, etc. serán arrebatados con los demás; y permanecerán en pie aquellos furiosos, porque representan las venganzas de Dios.

J. E. DE CAMILLE.

A LA HORCA!!!

No son represalias, en el sentido riguroso de esta palabra, lo que quieren cuantos combaten por la Revolución social, no; lo que piden, ó lo que quieren, es la reivindicación de los derechos de la sociedad humana, usurpados por las castas, y su libre ejercicio; como también, el SEVERO CASTIGO DE LOS CRIMINALES. Entre los principios de la filosofía moderna, figura este: *Immutabilidad de la vida humana*. Y nosotros, amantes de todo progreso civil, suscribimos de buena gana á este principio, y lo establecemos, cuando se haya realizado el deseo, que absorbe nuestras aspiraciones, esto es, cuando la REVOLUCIÓN SOCIAL SE HAYA CONSUMADO, y cuando el genero humano pueda avanzar tranquilo y sereno en la nueva senda, que nosotros le preparamos, senda libre de todo privilegio, de toda prepotencia, así como de todo monopolio.

Empero, en el periodo actual de «transición,» entre la organización actual y la del porvenir, en el actual estado de guerra, entre los oprimidos y los opresores, la piedad, la indulgencia, la dulzura, serían castigos de LEVA SOCIEDAD HUMANA, de los que deberíamos responder ante la posteridad.

El soldado que, arrojando sus armas durante el combate, se presenta con el pecho descubierta, exponiéndose neciamente á los golpes del enemigo, no es menos criminal, que el que emprende la fuga, porque priva

á la causa, en cuyo favor pelea, de una fuerza que pertenece á esa causa; así también la Revolución social, no puede, no debe privarse de una arma, que le es indispensable, para triunfar de los obstáculos, que se oponen al cumplimiento de este ciclo fatal. Si por miserables escrúpulos, si por falsas ideas de piedad, nos atásemos las manos, privándonos así, de los medios de vencer en la lucha empeñada, nuestros hijos tendrían que volver á comenzar; y entonces ¿cuánta sangre preciosa no fuera necesario derramar de nuevo? No; la revolución social tiene la indeclinable obligación de convocar los tribunales de LA SOCIEDAD HUMANA PARA CITAR ANTE ELLOS Á LOS CRIMINALES, JUZGARLOS, Y CASTIGARLOS.

Satisfecha la justicia, cuando los OPRESORES DEL HOMBRE HAYAN SIDO DESTRUIDOS, ANTIQUILADOS, entonces depondrá nuestra Temis el hacha, para no volverla á empuñar ya más.

He dicho el hacha por mera figura retórica. Para hablar con más propiedad, debiera haber dicho la CUERDA; pues abrigó la firme convicción, de que la HORCA, y solo la HORCA, es la que debe emplearse, para castigar á los reos de lesa sociedad humana.

El *Proletario* ha recomendado ya diferentes veces la guillotina; pero yo, el autor de estas líneas, sin dejar de respetar las razones, que se han alegado en pró de la aplicación de este instrumento; yo, me declaro partidario de la horca.

La guillotina tiene un pasado, una historia demasiado honorífica: la areola de que está rodeada, pudiera transformarse en los exvulgares malhechores en mártires; á los ojos de la posteridad. Se puede ir á la guillotina con la cabeza erguida y paso firme: el brillo de la cuchilla es un punto fijo, que, en cierta manera, sostiene el valor del reo, y le enerva el enorgullece.

Nada, pues, de guillotina; yo doy la preferencia á la horca, que, además de las ventajas ya indicadas, tiene la recomendable de ser cosa femenina. En calidad de tal, extiende sus brazos lascivos hacia aquel que le está destinado, prometiéndole las posturas voluptuosidades (ó *apretones*), sin desahogarse por ello, pues permanece siempre virgen, aún después de haber profugado á millares de víctimas sus voluptuosos abrazos.

SEÑORES QUE GOZÁIS DE LO PRESENTE, DAOS

por avisados: «La revolución social, reclamada en beneficio vuestro, aún castigándoos, os PREPARA LA CUERDA. Y como según el proverbio vulgar, de que un pedazo de cuerda de ahorcado depara suerte, en lo porvenir, no habrá ni una sola familia proletaria que no pueda proporcionárselo, gracias al terrible, pero justo castigo, INFLIGIDO Á TODO ENEMIGO DE LA SOCIEDAD HUMANA. Y los niños, al contemplar ese pedazo de cuerda, aprenderán la fraternidad universal, y el respeto debido á los derechos naturales.»

¡A la horca! ¡A la horca! sea este el grito de los revolucionarios socialistas.

Y este grito, que infundirá el espanto á los culpables, despertará y avivará el entusiasmo de la piche envilecida y entorpecida, á consecuencia de la larga opresión, que ha pesado sobre ella, y de los muchos desengaños, que lleva, habiendo visto siempre defraudadas sus más lisonjeras esperanzas.

¡A la horca! ¡A la horca, pues, los enemigos de la sociedad humana!

In hoc signo vinces!

D. NERI.

(*Journal de Florencia*, 3 de Marzo 1875.)

QUIENES SON LOS CUERDOS,

QUIENES LOS LOCOS DEL MUNDO MODERNO.

Con motivo de algunas palabras mías, que precedían á la reproducción de un artículo del *Proletario* de Ginebra, uno de nuestros asiduos lectores, me escribe: «El artículo infame, que lleva por título *¡A la horca!* que vuestro inapreciable periódico ha reproducido, es la obra de un energumeno, ó, por decirlo mejor, de un loco. Tales locos, á Dios gracias, están proselitados de todas las naciones civilizadas: tanto, que solo les es dado el reunirse en Ginebra, donde publican su *Proletario*. ¿No habéis vos exagerado algo, quizás, al darnos á conocer dicho artículo, como una muestra de la constitución futura de Europa, ó; cuando menos, de la raza latina?»

Para decidir esta cuestión, preciso es, definir antes lo que es un loco. Un hombre

en cualquiera, que quiere una cosa, y hace otra; que no perdona esfuerzo alguno para obtener una cosa imposible de conseguir, y que — á despecho de las lecciones de la experiencia y de los datos más elementales de la razón — se obstina en resistir á la experiencia y á la razón; ese hombre, digo yo, es un loco. Mi respetable interpelante, ¿admite esta definición?

Si la admite, me parece, que, en lo sucesivo, se guardará de llamar locos á los redactores del *Proletario* de Ginebra, y con vendrá conmigo, por el contrario, y que ellos son los cuerdos, los únicos cuerdos del mundo moderno. Ellos saben muy bien, que este nuevo mundo combate sin tregua al mundo eterno, ó sea, el mundo cristiano, y que, por una consecuencia indeclinable, tarde ó temprano, el género humano caerá bajo su poder. Y tienen de ello una prueba evidente, en la impotencia ya demostrada de los verdaderos locos, que se llaman á sí mismos sabios y hábiles en política.

Para restringir el campo inmenso de la discusión, concretándonos á un solo ejemplo, me limitaré á citar aquí la historia de Francia. Los cuerdos del 89, cedieron la plaza á los locos del 93; otros cuerdos sobrevinieron en 1830, y trabajaron por el triunfo de los locos de 1848; finalmente, apareció otro cuerdo coronado, Napoleón III, quien trabajó diez y ocho años en preparar el breve reinado de un loco furioso, de Gambeta. Dígase, pues, ahora, ¿quienes fueron los cuerdos, quienes los locos?

El mundo moderno ha creado una multitud de hombres embusteros en política, cuya misión no es otra, que la de extenuarse en justas de fuerza vulgares, de donde resulta, que, al fin, tienen que ceder el puesto á los hombres de sangre. Verdad es, que éstos han desaparecido pronto; pero su pronta desaparición ¿á quien se debe, sino á un milagro manifiesto de Dios? Siempre clemente, siempre lleno de misericordia, el Eterno ha concedido, hasta el presente, treguas al género humano, para que pudiera reconocer sus errores, y arrepentirse de sus faltas; pero si los mismos errores y las mismas faltas se repiten siempre, nada nos asegura, que el Eterno quiera perpetuar un milagro inútil; puesto que el mundo moderno, en lugar de acercarse á El, arrepentido, de El se aleja más y más cada día. Su justicia, entonces, de acuerdo con su mi-

sericordia, reclama, que cese de guardar consideraciones con una sociedad tan insensata, como incorregible, y deje libre curso á la ley lógica.

Yo, hombre lógico, si no fuese cristiano, sería socialista.

Como cristiano, me honro de mi pobreza, en la cual veo una prenda de predestinación, ó, al menos, un medio que me facilita en gran manera la salvación eterna. Sé, que Dios quiso nacer pobre, como yo; sé, que muchos hombres ricos, obedeciendo á los consejos divinos, abandonaron todos los bienes de la tierra, para hacerse mendigos.

Si me veo en la necesidad de alargar la mano á un rico, mi dignidad de cristiano no padece detrimento por ello; al contrario, sé que le concedo un favor, y le presto un servicio: el favor de proporcionarle la ocasión de obedecer á los preceptos de Jesucristo; el servicio de asociarle, en algún modo, á los méritos especiales, que Dios ha tenido á bien conceder á la humilde condición en que me ha colocado. Pidiendo yo á un rico, le emplazo ante el tribunal del Juez Supremo, y le digo: atestiguaré, que yo estaba desnudo y tú me diste vestido; que yo tenía hambre, y tú me diste de comer. Tú estarás conmigo á la derecha del Señor.

Por muy dura y aguda que sea mi miseria, yo no me quejo, porque sé que este destierro es breve, y que camino hacia una existencia, que no tiene fin: la desnutrición, el abandono mismo en que me hallo en este mundo, no me inspira la más mínima envidia de los tesoros acumulados en manos de otro; sometido al mismo destino que yo, ese hombre, tan acendrado, me inspira piedad, y ruego por él, porque Dios me ha dicho, que le es muy difícil al rico ganar el cielo. Y si pierde el cielo ¿de qué le servirán todos los bagajes que le estorban en el áspero camino que conduce al paraíso? El punto esencial para todos los hombres es la vida eterna.

Ahora bien; si se me arrebatara este cuadro consolador: si se me priva de estas verdades; si se destruye la revelación, por la cual adquiero la certidumbre de una eternidad de recompensas y de castigos; si se renuncia á gobernarme con el derecho de Dios, yo pido y exijo en nombre del derecho de los hombres — que es el derecho de Satanás — una parte de lo que poseen los ricos; y aún cuando deberíamos quedar todos pobres,

quiero que cese una desigualdad, que me humilla. Esto es lo que yo quiero, y lo obtendré.

Los gendarmes, los soldados, los cañones, de nada servirán. No es esto—y aún menos vuestras constituciones, vuestros estatutos, vuestras asambleas y vuestros códigos penales—lo que hasta ahora ha detenido las masas. No lo es nada de esto, repito. Lo que, si, las ha detenido es, que todavía permanece en pie parte del edificio cristiano, algún muro, algún clavo, alguna llave de bóveda, que todavía no se ha podido derribar. La secta anticristiana no ha conseguido, hasta hoy, el triunfo completo de sus deseos; ni ha podido arrancar de todos los corazones la última levadura del cristianismo.

Empero; ¿cuánto no trabaja, qué de esfuerzos no hace, para la completa conquista de esos corazones! Mirad, sino, cuántas manos se agitan en quitar los últimos clavos, en romper y destruir lo que aún queda del edificio cristiano! escuchad; y oíd lo que los emperadores y los reyes, y los ministros, y los Parlamentos se dicen en voz baja: «es preciso, que el Papa calle; es preciso, que desaparezca el menor rincón de Jesucristo, no menos que de su Vicario! Oid y medita;» porque los redactores del *Proletario* observan y meditan, á su vez, y dicen: «dejémosles hacer; trabajen por nuestra cuenta!» ¿Os atreveréis á llamarlos locos?

Si vos, mi respetable interpelante, persigierais en llamarlos tales, creedme, arriesgariais vuestra reputacion de cordura.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 7 de Marzo 1873.)

GARIBALDI SEMI SOBERANO.

Siguen tributándose á Garibaldi todos los honores de un soberano. La quinta Casalini, situada á un kilómetro fuera de la Puerta Pia, ha sido dotada de un hilo telegráfico especial, que comunica con el despacho de telegrafos del Estado. El municipio ha tomado á su cargo, subvenir á todos

los gastos de vivienda y equipaje ocasionados por el héroe; los ministros acuden á su casa, á la hora de audiencia, para pedirle su opinion acerca de las mas graves cuestiones.

El principe Alejandro Torlonia, estuvo ayer á devolver al héroe la visita que este le hizo, hace diez dias. Se habló del puerto de Fiumicino, y de las fortificaciones que se deben construir en ese paraje, para proteger la flota italiana contra un ataque de fuerzas superiores. Mañana, Garibaldi presidirá la inauguracion secreta del templo masónico, en una de cuyas salas se le ha preparado un Trono, en la contigua á la del tripode, sobre el cual se hace añicos el cetro y la corona real.

Todo esto pasa á los ojos mismos del Gobierno, con la aprobacion, y, lo que es más todavía, con la cooperacion de los ministros nombrados por el rey. ¿Adonde vamos á parar?

(*Journal de Florence*, 6 de Marzo 1873.)

EL QUIRINAL DESCONTENTO.

Algo descontento está el Quirinal de las infulas que se da Garibaldi. Había prometido al principe Humberto (heredero de la corona) que iria á visitar á la princesa Margarita, tan pronto como su salud se le permitiese. Pues bien; el héroe asistirá hoy á la inauguracion del templo masónico, y, hasta ahora, no ha parecido por el Quirinal. ¡Ah Garibaldi, Garibaldi! algo se trama!

(*Journal de Florence*, 7 de Marzo 1873.)

Los periódicos ministeriales refieren, que los empleados del ministerio de marina, han enviado tarjetas á Garibaldi, manifestándole asi, su gratitud, por el discurso, que pronunció en pró de la venta de los buques declarados inútiles para el servicio.

Un periódico de la oposicion, ha observado, á propósito de esta manifestacion, que se establece un precedente peligroso.

Si alguno de los diputados de la oposicion

pronunciase un bello discurso, contra un proyecto de cualquiera ministro, y los empleados manifestasen su adhesion á las opiniones expresadas por ese diputado, se calificaria esto de una especie de pronunciamiento, y seria, en realidad, un paso gravísimo.

MÁS SOBRE EL TEMPLO MASONICO.

EN ROMA.

I.

Nos escriben de Roma:

La apertura del templo masónico, es objeto de todas las conversaciones. Los Franc-masones, residentes en Roma, podrán asistir á ella, con tal que presenten una tarjeta de entrada del Gran Oriente, domiciliado en la calle *Della Valle*, cerca del templo masónico. Dichos masones podrán llevar consigo á sus madres, hijos y hermanos.

La forma del templo es cuadrada. En el fondo se halla colocado el trono del Gran Oriente, á derecha é izquierda, están las sillas para los Hermanos de un rango inferior al de Gran Oriente, pero superior á los demás. Algo más lejos, se ven las gradas, que serán ocupadas por los afiliados no graduados, por otro nombre, «*de menu fretin*.» Es inútil decir, que desde el trono del Gran Oriente, hasta el mas humilde escabel, todo está decorado y adornado con las insignias masónicas, esto es, con el triángulo, la escuadra y la plomada. De seguro que no se habrán olvidado las medias lunas, los cuartos de luna y las lunas llenas, los soles y las estrellas. Los invitados podrán asimismo admirar los dioses lares de la Franc-masonería, á Isis y Osiris (los dos principios del Bien y del Mal), las estatuas de Hércules, de Venus, y de Minerva, representando, segun los Franc-masones, la fuerza, la belleza, y el amor, y todos los trastos simbólicos del paganismo, de los Gnósticos y de los Maniqueos.

Junto al templo, hay el gabinete del Gran

Maestro, y, al lado de este, la sala del consejo, lugar do se delibera, si se debe ó no admitir en el seno de la sociedad á tal ó cual aspirante, elevar á un grado superior á tal ó cual *lobezno* (término masónico) ó bien si se juzga conveniente hacerles pasar por la prueba de los puñales, de la copa con doble recipiente, de la escala sin fin, ó por otra cualquiera supercheria de ese género; imitacion de las pruebas, por las cuales pasaban los iniciados de los templos consagrados á las divinidades paganas.

Hay en ese templo un pequeño rincón, al abrigo de las miradas de los profanos, en el cual están amontonados en desorden, los puñales, las espadas de fuego, que se necesitan el día de la recepcion de algun aspirante, para poner su valor á prueba. El adepto ignora casi siempre, que las espadas de fuego tienen esta propiedad, por haber sido antes empapadas en un licor compuesto de agua, de espíritu de vino, de azucar y de fósforo; y que si arrojan chispas deslumbradoras, que producen una detonacion bastante fuerte, es debido á que se ha puesto sobre la boca algunos granos de iudro de azoe, substancia que explota al mas ligero roce.

Los órganos de la Franc-masonería darán, sin duda, una minuciosa relacion de la ceremonia de apertura, á la cual ya se comprende, que no hemos de asistir; ellos nos dirán si, despues de ciertas palabras de tal orador, los hermanos han respondido con el saludo habitual, que consiste en tomar con la mano derecha el vaso lleno, en aproximarlo á los labios, y en llevarlo en seguida á la altura del hombro derecho, describiendo un arco de círculo. Y despues se *sopla la luz* (término masónico), es decir, se bebe el contenido de un solo sorbo.

Y dado que esos periódicos omitan estos detalles, nos dirán, al menos, que el *Gran Oriente* ocupaba tal puesto distinguido, que el venerable estaba á la derecha de tal *caballero*, porque esos señores, que no quieren ningun gobierno, suprimen toda autoridad, niegan al padre y á la madre todo derecho de educar á su hijo en el culto que mas les agrade, y piden que el pueblo sea soberano; admiten en su seno, crean en su sociedad un Gran Oriente *veneran* á un venerable! levantan un trono para su jefe, y prestan juramento de obedecer, no solamente á ese jefe conocido, que gobierna sus logias, sino

á jefes invisibles, que renuncian para siempre á conocer.

Tal es la lógica de la secta. Por más que haga, se encuentra siempre en contradicción con sus principios; lo cual demuestra, que su jefe invisible es el implacable enemigo de la verdad.

X.

(*Journal de Florence*, 6 de Marzo 1873.)

II.

Algunas palabras todavía acerca de la inauguración del templo masónico. La sala en donde se reúnen los Franc-Masones no es visible por la parte exterior del edificio; ha sido escogida expresamente en lo interior de un palacio, situado cerca de la iglesia de San Andrés del Valle, donde existía antiguamente la curia de Pompeyo, inmediata al teatro del mismo nombre, el mismo lugar donde fué asesinado Julio César.

La logia es de forma perfectamente cuadrada, como un dado; en el fondo, enfrente de la puerta, está colocado el trono del gran maestro, cubierto con un pabellón; y á derecha e izquierda dos sillars para los dignatarios. Los artistas músicos han cantado un coro propio de las circunstancias; hubo también discursos, en los cuales se glorificó el objeto humanitario de la institución, tan calumniada, y que no se propone otra cosa, que el triunfo de la verdad y de la fraternidad humana.

La ceremonia fué seguida de un *lunch*, después del cual se hizo repetir la cantata, que fué muy aplaudida de los circunstantes. Ofreciéronse flores á las señoras que habían cantado, las cuales, tomando el brazo de los franc-masones, visitaron los locales del palacio, adornados todos con lujo.

Esta ceremonia anti-religiosa ha contrastado á todos los buenos romanos, considerándola como una bravata contra la religión católica, y la mayoría sensata de la población. El mayor número de franc-masones lo componían forasteros, incluso el gran maestro, M. Mazzini, quien no es romano.

Garibaldi, con cuya presencia tanto se había contado, se ha visto obligado á manifestar, que no podía asistir, por razones de salud: precisamente, en la hora de la so-

lemnidad, fué atacado de sus habituales dolores reumáticos (1).

(*Journal de Florence*, 9 de Marzo 1873.)

LA SECTA Y LA LOGIA.

La inauguración de un templo masónico en Roma es un acontecimiento, cuya importancia fuera superfluo ponderar; la maldad es como el fuego, que ella misma se dá á conocer: inauguración es esa, que pone de manifiesto en Roma místico, en la Ciudad Santa, el solemne desafío de Satanás á Jesucristo.

La perversidad de la vieja Europa, donde Jesucristo colocó su Iglesia, y que la Iglesia puso á la cabeza del mundo civilizado, hasta tal punto la ha extremado, que Satanás ha podido levantar los ojos y, con osadía, fijarlos en la figura venerable de Pio IX; y, en son de mofa, dirigirle estas palabras: « Vos, Vicario y representante del Redentor del mundo, ya lo veis, sois mi prisionero; M. de Bismark pide á vuestros carceleros, que restrinjan mucho más aun, la poca libertad que se os ha concedido, porque la juzga excesiva, y quiere, que, de una vez, sea ahogada vuestra voz atronadora; parecele, que no se han colocado todavía en el Vaticano el suficiente número de sordinas; y deplora vivamente, que unas esposas en vuestros puños no os sujeten las manos y refrenen la lengua, cual convendría, para su tranquilidad personal; mientras que yo, enemigo de la Redención y del genero humano, á despecho de las Constituciones y de las Encíclicas de Clemente XII, de Benedicto XIV, de Pio VII, de Leon XII, de Gregorio XVI, y de vuestros anagramas, y de vues-

(1) Creemos que, nuestros lectores considerarán como nosotros; muy misteriosa, y de mal agüero; la ausencia de Garibaldi, en la ceremonia á que se refiere el artículo de arriba.

N.

Barcelona, á 13 de Febrero 1873.

tras exhortaciones, yo, repito, he instalado á mis fieles en esta Ciudad de los Santos, donde se reúnen placidamente, y cantan himnos en obsequio mio con deliciosa música, y se solazan con entusiastas coloquios de libertad, igualdad y fraternidad.»

Esto discurso satánico, indudablemente encarece sobremedera la inauguración del templo de la calle del Valle; con tanto mayor motivo, cuanto, si bien se considera, es un perfecto resumen del pasado, del presente y de lo porvenir; pero, aparte de este discurso, y de este breve compendio de historia, que contiene,—y que no es dado á todo el mundo entender, ni oír—la tal inauguración, de suyo, es una cosa, en cierta manera, indiferente. La secta no aguardó el primer viernes de Marzo de este año, para apoderarse de Roma: la ciudad de los Papas gime, bajo su yugo, desde el 1.º de Setiembre 1870.

La secta entró en ella con un ejército regular, en pos de una bandera monárquica, al que seguía un Senado, una Cámara, ministros, funcionarios, magistrados, periodistas, agitadores, etc.; finalmente, entró con un rey al frente. Empero, si este rey, no ha empleado el lenguaje claro y audaz de Satanás, como muy conservador, ha dicho: « Entre-gu Roma al mundo moderno, y al orden moral.»

Los papanatas, que en la calle del Valle estaban en acecho, y se admiraban de no haber contado sino unos doscientos Hermanos, que habían entrado por la puerta del edificio, que encierra el templo, con solo mirarse á sí mismos, cada uno de ellos, hubieran podido ahorrarse la molestia del plan-ton, que se impusieron, para ver ó admirar á un franc-masón. En efecto, todos aquellos habiecas, sin imaginárselo siquiera, son otros tantos masones; y, por qué no decirlo? todos lo somos, más ó menos, de grado, ó por fuerza. En las manos de la secta están nuestras propiedades; ella es la que nos toma nuestros hijos, para que asistan á sus escuelas; y luego, nos los arrebatá, para encerrarlos en los cuarteles; ella es la que administra justicia en los tribunales; la que cuida de nuestros negocios; ella es, en fin, la que se pregunta, si debe todavía dejarnos el Papa, los Obispos, Sacerdotes, y las Iglesias. Conciencia, Propiedad, familia, legislación, política, todo, absolutamente todo, está en sus manos.

Desaparece de todas partes el cristianismo, reina el desorden, que vá anejo al reinado de las tinieblas, y todavía, hay badalques, que, temblando de frío en la puerta de la calle del Valle, se preguntan: ¿Qué es la Masonería?

El gran triunfo de Satanás consiste, en haber conseguido transformar el mundo en una vastísima Logia, en la cual las manipulaciones sectarias se practican en pleno día. « Hora es ya, decía últimamente Garibaldi á una diputación masónica, de transformar nuestros ritos, de reemplazar con algo más sólido nuestros misterios, y todas esas ridiculas chucherías, inútiles enteramente yá. Ninguna necesidad tiene la religión de la verdad de todos esos símbolos, tal vez necesarios en tiempos menos ilustrados, pero que, hoy, proveen la risa de los hombres sensatos.» Y el pobre hombre, al pronunciar estas palabras, tributaba á la religión de la verdad, un culto más verdadero de lo que él se imaginaba.

Aun cuando se cerrasen mañana todas las Logias del mundo, no por ello padecería el menor detrimento la Masonería: en 1789 se posesionó de Francia; y, desde aquella época, ha marchado libre y resultamente á la conquista del mundo; sin tropezar con obstáculo alguno, si se exceptúan las protestas incansables de los Papas. ¿ Quien desconfia del espíritu del siglo, del amor al progreso, de la libertad de conciencia, de las instituciones parlamentarias? Y, sin embargo, quien no desconfia de todas esas añagazas, pertenece á la secta. ¿ Hay alguien, que le repugne, ó no transija, al menos, con el mundo moderno? Pues ese tal, que admitió ó transigió con el mundo moderno, conspira, con la secta, contra Jesucristo, autor del mundo eterno.

Y no se diga, que no se forma parte de la Masonería, ni mucho menos: que, por el contrario, se la desprecia, por lo ridículo de sus ritos, y símbolos; pues, quíeráse, ó no, con ella se trabaja, con ella se coopera, se secundan sus intereses, cuando se aceptan, sin la menor oposición, y aun, tal vez, con cariño, sus principios, y cuanto menos conocida sea la secta, más preciosos le son los auxiliares que, inconscientemente, le apoyan; inconsciencia, que le asegura la complicidad perpetuamente; porqué, cómo precaverse de obrar mal, cuando el mal es desconocido?

Satanás se ha asegurado una multitud innumerable de colaboradores, que no le conocen; en las mismas Logias, la inmensa mayoría, no cree en Dios, ni en Satanás: ambos nombres, para esa mayoría, son dos puntos extremos de una larga serie de supersticiones inventadas por la Iglesia: para ellos, trátase únicamente de emanciparse del yugo de quien quiera que sea, y dar amplia satisfacción á sus pasiones: lo que ellos, en su lenguaje, llaman: *volver á la ley natural*. Tal es el objeto real al que creen, ó se proponen hacer creer, que se dirigen; pero, en realidad, el objeto primordial é inmediato, que les aproxima y les reúne en una haz, es el obtener buenas y lucrativas posiciones sociales, sosteniéndose y apoyándose mutuamente.

El mundo profano — como le llaman los adeptos — ha caído en el pecado de Eva, nuestra primera madre: la serpiente excitó su curiosidad, y la indujo á la desobediencia. La voz de los que representan á Dios sobre la tierra, no ha sido escuchada. En las elevadas regiones del poder y de la sociedad, se ha dicho: «Los novadores son filósofos insensibles, cuya compañía agrada, y deleita sobremanera. Dejemos para el pueblo bajo é ignorante el terror de los anatemas de la Iglesia: por lo que mira á nosotros, nos va mucho mejor, asociándonos á los hombres de talento y despreocupados.»

A este desfallecimiento de la fé, en las clases elevadas, debía seguirse, naturalmente, como ha seguido, el desqueamiento en el orden social, y una serie de venganzas de Dios, que distan mucho de tocar á su fin. El bajo pueblo, á su vez, ha querido imitar á los grandes, y ha ejercido ya, sobre los que le han corrompido, las justicias divinas. ¡Ah! ha llegado el día, en que el pueblo bajo, rudo, preocupado é ignorante, es también filósofo: sin inquietarse de si existe, ó no, una secta anti-cristiana, pide, exige, asimismo, como la Masonería, volver á la ley natural, é igualmente, dar satisfacción completa á sus pasiones. Y nadie tiene autoridad bastante para responder á sus objeciones, porque solo la Iglesia puede decirle lo que es Dios y lo que es Satanás; y la sociedad no quiere, ni aun en sus mayores apuros, permitir, que hable, ni mucho ménos, que la Iglesia ilustre á las masas.

Este movimiento general de apostasia, al

cual nosotros asistimos con dolor, dimana, sin ningún género de duda, de las Logias; pero no hay que buscar en ellas el origen, desde hace mucho tiempo. Detenerse á investigar y combatir lo que se practica en los santuarios de la Masonería — que pueden desaparecer hoy, lo mismo que mañana, — es perder un tiempo, cada día más precioso.

No hay que forjarse ilusiones: es preciso derrocar el mundo moderno, obra de la Masonería, y que se ha posesionado del mundo de Jesucristo. Este mundo moderno, con su liberalismo, con su nuevo orden moral, con su indiferencia religiosa, no es más que un nuevo paganismo, detras del cual está Satanás. Es preciso probar á los adeptos, y á los profanos, que lo ignoran completamente, que todo este nuevo edificio oculta los misterios de la antigua idolatría, y que, prestándose á sostenerlo, cooperan, no al triunfo de la libertad y de la independencia, sino al advenimiento del más execrable y del más odioso de todos los tiranos.

Los Apóstoles consagraron su vida entera á una sola misión: á difundir por todas partes las verdades eternas, las únicas lumbres, que podían disipar las tinieblas del infierno. Armados de la fé, de la experiencia, y de la caridad, ganaron almas á Dios, y, poco á poco, consiguieron arrancar el mundo de las uñas de Satanás. El género humano, se encontró, entonces, con un nuevo orden social, esto es, con un orden perfecto, basado en la revelación.

Y lo que practicaron los Apóstoles hay que practicarle otra vez; puesto que el desvario del mundo es tal, que comete la grandísima locura de permitir, y aun de contribuir, á que la Leyenda de Adoniram reemplace á la revelación de Dios, cooperando, de esta suerte, á tantas y á locas, á la revancha de Lucifer, contra el Criador.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*, 12 de Marzo 1875).

¿A DÓNDE VAMOS A PARAR?

M. Juan Esteban de Camille.
Director del *Journal de Florence*.

Se adivina fácilmente, leyendo vuestro periódico, que una sola idea, principalmente, y con razon, os preocupa, á saber: ¿cuál es el porvenir reservado á los católicos? ¿A dónde vamos á parar? He aquí el problema que tratéis de resolver. Y tal es, en efecto, la cuestión que, hoy, preocupa á todos los hombres de bien.

Permitidme, señor Director, que someta á vuestro sano criterio algunas reflexiones, que me ha sugerido la pregunta que encabezaba esta carta.

No puede considerarse sin espanto el actual estado de Europa. Diríase, que un soplo satánico ha pasado á través de todas las naciones, y que la secta, más insolente cada día, tiene en sus formidables manos todos los hilos del lúgubre drama al cual asistimos. La vemos en España, cubriéndose con el manto de la legalidad, pasear por donde quiera, armada con el hierro y el fuego, para impedir que allí se establezca una monarquía católica. En Francia ha empleado, con éxito, todos sus esfuerzos, para dividir los partidos, sublevar las pasiones y establecer un estado tal de cosas, que, á continuar, la conducirá indefectiblemente al abismo. La Alemania se arma de la espada, y saca del olvido injustas leyes para encadenar á la Iglesia. En Italia, sobre todo, . . . se obra, como os consta mejor á vos que á mí. Así, pues, ante ese espectáculo, que presenta la Europa, ¿podrá calificarse de impertinente esta pregunta: ¿A dónde vamos á parar?

Para quien está habitado á no ver en la historia sino la casualidad, la fortuna, ó la desgracia, la respuesta debiera ser esta: Vamos al abismo. «Empero para el que vé la mano de Dios en la marcha de los acontecimientos, para aquel que, por su adhesión á la fé, ha podido levantar una punta del velo, que oculta á nuestras miradas mortales los secretos de la Providencia, para ese, la respuesta no es dudosa, y debe exclamar: «Caminamos á paso precipitado hácia, la regeneración, hácia la salud.»

Con efecto: por diferentes que sean las re-

voluciones en sus medios, todas ellas son idénticas en punto al objeto que se proponen. La ciencia, los progresos del género humano, las nuevas ideas, que germinan en el cerebro de un sectorio más ilustrado que los demás, pueden modificar algun tanto la marcha de la revolución; pero el edificio, que se trata de derribar, es siempre el mismo, á saber: prescindir absolutamente de Dios, ó de todo principio por el establecido; ó de cualquier poder que lo represente. Ahora bien: como la Iglesia es ese principio, esa autoridad, la secta dirige contra ella todos sus esfuerzos. Esto es lógico.

Mas, ¿qué sucede? Sigamos paso á paso la revolucion francesa. ¿Qué sucede? vuelvo á preguntar. Que Dios, por de pronto, deja obrar; y luego permite, que las pasiones, desbordándose, manifiesten en pleno día; que el hombre se revuelve en todos los fangos, y que las concepciones más absurdas encuentran admiradores. Cuando la situación ya no es tolerable para los buenos, cuando un triste naufragio todo lo ha engullido, sin exceptuar el honor, entonces El interviene, y de un revés, con su brazo formidable, derrita todo el edificio monstruoso, sepultando en sus ruinas á los innobles arquitectos que lo concibieron. Esto es lo que sucede siempre, y no puede dejar de suceder, porque al formar Dios la sociedad humana, la constituyó en un estado de equilibrio permanente. Es una balanza, de la cual un plato tiene por contrapeso la autoridad que viene de El. Quitese este contrapeso, é inmediatamente cesa el equilibrio: la balanza oscila por algunos instantes, pero quitado el contrapeso del plato, cesa para no volverse á levantar, el equilibrio ya no existe, y entonces viene la catástrofe.

Demasiado sabéis vos, señor Director, que ese no es ni puede ser el estado normal de la sociedad. Preciso es, por lo tanto, que Dios venga á restablecer el equilibrio interrumpido por un momento, puesto que la Providencia no cesa de ocuparse constantemente de las criaturas.

Entretanto hay que examinar, cuál es el estado del mundo. En mi opinion, el equilibrio no ha enteramente cesado; por gigantesca que sea la guerra, que la secta prosigue contra los principios y la autoridad, la idea de esos mismos principios y de esa misma autoridad, permanece todavia profundamente grabada en el corazon de innumerables

personas; sin embargo, la balanza, aligerada cada día más del indispensable contrapeso, amenaza ya con terribles oscilaciones: las pasiones son acariadas por todas partes, y la catástrofe final no ha alumbrado todavía con sus siniestros resplandores el fondo del abismo hacia el cual vamos rodando. ¡Llegará ese terrible momento?... Honda pena causa el decirlo, señor Director; yo creo que vendrá, y hasta que es necesario que venga.

Para que este momento sea breve, y la seña no tenga tiempo de realizar sus pro-

yectos infernales, un solo medio nos queda: el de conservar, en presencia de Dios, la actitud que conviene a los hombres de fe; el de orar y obrar cual corresponde á buenos cristianos. Así, y solo así, es como Dios se dignará restablecer el equilibrio de la balanza, y como nos será concedido ver algunos de esos días felices, cuyo solo recuerdo hacía asomar lágrimas de ternura á los ojos de nuestros padres.

Y. Y.

(*Journal de Florence*, 11 de Marzo 1873.)

ÚLTIMA CRISIS POLÍTICA

DE LA

ASAMBLEA FRANCESA.

I.

La última votación ha venido á mostrar, de qué modo las mayorías vienen á parar á minorías, y de qué modo estas se truecan en mayorías. Esto es un juego ó combinación del parlamentarismo. La Asamblea, monárquica, por su origen, acaba por encontrarse republicana. Este resultado era de prever. Parece que el parlamentarismo vive de habilidades; pero, al contrario, sigue un curso lógico. Una minoría que aspire á un objeto, triunfará siempre de una mayoría, que no sepa lo que quiere. La presente Asamblea fué herida de impotencia en Burdeos, por no haber sabido hacer inmediatamente lo que convenía. Comenzó con la confusión, y había de encontrar su término en un pastel. Los habilidosos lo han perdido todo; los lógicos lo han obtenido todo.

La votación de anteayer es el triunfo de la lógica republicana. La minoría profesaba un principio; á él se ha atendido con firmeza, de tal suerte, que nada ha logrado desviarla. Mientras que con paso resuelto caminaba á su objeto, acrecentaba sus fuerzas, atrayéndose á todos los desleales, y se aprovechó de todos los desaciertos. La mayoría, al contrario, habiendo comenzado por abandonar su principio, se dejó desviar, perpetuamente vacilando, entre salir hoy del paso por cualquier medio, y los ilusorios proyectos del día siguiente. Cuando después de un largo camino, sembrado de errores, se ha acorda-

do nuevamente de la monarquía, era ya tarde; ahora, ya casi no es tiempo.

Debe hacerse al partido republicano la justicia de reconocer, que lo que ha obtenido, lo ha conquistado á fuerza de tenacidad y disciplina. Tenía sobre el partido monárquico la gran ventaja de querer algo. No menos dividido de lo que podía estarlo el otro, en punto á las deducciones de su principio, ha subordinado las divergencias de su opinión al éxito de la causa común. La extrema izquierda interpretaba la república de distinto modo que el centro izquierdo; pero éste, lo propio que aquella, querían, ante todo, la república, y han acabado por hacer que sea reconocida la república. En vez de unirse para proclamar la monarquía, las fracciones de la derecha no han sabido hacer más que dividirse, desde el primer día, con respecto á las varias clases de monarquía. No parecía sino que, ó no tenían objeto propio, ó no aspiraban al mismo objeto. Han perdido el tiempo en inútiles habilidades. La derecha ha discutido, ha negociado, ha trampeado; la izquierda ha obrado.

Quien trabaja, alcanza resultado. La izquierda lo ha obtenido, porque ha hablado menos y ha obrado más. Pero ¿es definitivo su triunfo? No. Mientras quede un acto por realizar, la derecha puede recobrar su superioridad. Pero ese acto ¿lo llevará á cabo? Si quiere, puede hacerlo. Al verificarse la última votación, cuando ya nada quedará de los proyectos de leyes fundamentales, y cuando esa república efímera, y enmenda-